

1

Por qué los padres importan hoy más que nunca

Javier, de 12 años, está encorvado sobre el teclado, los ojos clavados en la pantalla de su ordenador. Son las ocho de la noche y la tarea de la escuela está lejos de estar acabada, pero los repetidos recordatorios de su padre urgiéndolo de que acabe con ella le entran por un oído y le salen por el otro. Javier está en el MSN Messenger intercambiando mensajes con sus amigos: chismes sobre quién está enamorado de quién, opinando sobre quién pertenece a la lista de los amigos o de los enemigos; discutiendo quién dijo qué en la escuela aquella mañana o lo último sobre quién está de moda o no lo está. “Deja de molestarme”, le contesta a su padre, quién, una vez más, se ha acercado para decirle que acabe su tarea. “Si estuvieras haciendo lo que tienes que hacer -le contesta su padre, con tono de frustración-, no te estaría molestando.” La batalla verbal aumenta, las voces se vuelven estridentes y, al cabo de un momento, Javier le grita: “¡Tú no entiendes nada!”, y se marcha cerrando la puerta de un golpe.

El padre está indignado, furioso con Javier, pero sobre todo está enojado con él mismo. “Otra vez lo eché todo a perder -piensa para sí-. No sé como comunicarme con mi hijo.” Tanto él como su esposa están preocupados: Javier era un chico dócil, pero ahora es imposible controlarlo o aconsejarlo. Su atención parece estar exclusivamente enfocada en sus amigos. Esta misma escena conflictiva ocurre en la casa varias veces a la semana y ni el chico ni los padres logran encon-

trar nuevas alternativas o acciones para salir del problema. Los padres se sienten desamparados e impotentes. Nunca han creído demasiado en los castigos, pero ahora están más y más inclinados a “ponerle un alto”. No obstante, cuando lo hacen, su hijo siente resentimiento y se vuelve aún más desafiante.

¿Es tan difícil ser padres? ¿Siempre ha sido así? La gente mayor, en el pasado, se quejaba de que sus hijos no eran tan respetuosos y disciplinados como lo habían sido ellos, pero hoy muchos padres saben intuitivamente que algo anda verdaderamente mal. Los niños no son iguales a lo que recordamos haber sido nosotros a la misma edad. Prestan muy poca atención a los adultos y no tienen tanto miedo de meterse en líos. También parecen menos inocentes e ingenuos; es decir, carecen de aquel asombro que lleva a que el niño se entusiasme por las cosas del mundo, ansíe explorar las maravillas de la naturaleza o de la creatividad humana. Muchos niños dan la impresión de ser indebidamente sofisticados, incluso parecen de alguna manera hastiados, como pseudo-maduros antes de tiempo. Se aburren fácilmente cuando no están con los amigos o cuando no están manipulando instrumentos tecnológicos. El juego creativo, a solas, parece un vestigio del pasado. “De niña me entusiasmaba sacar arcilla de un hoyo que había cerca de mi casa -recuerda una madre de 44 años-. Me encantaba cómo se sentía tocarla; me gustaba moldearla o amasarla en las manos. Y, sin embargo, no me imagino a mi hijo de seis años jugando solo, si no es con el ordenador, el Nintendo o los videojuegos.”

El oficio de padres parece también haber cambiado. Nuestros padres estaban más seguros de sí mismos y, para bien o para mal, nos impactaban más. A muchos en la actualidad, el oficio de padres no les parece natural.

Los padres actuales aman a sus hijos como los han amado siempre todos los padres, pero ese amor no logra comunicarse. Tenemos también mucho que enseñarles, pero nuestra capacidad de transferir ese conocimiento, de cierta forma, ha disminuido. No nos sentimos capacitados para instar a nuestros hijos a que aprovechen su potencial. Ellos, a veces, viven y actúan como si hubieran sido seducidos por algún canto de sirenas que nosotros no logramos oír. Tememos, aunque sea vagamente, que el mundo se haya vuelto menos seguro para ellos y que somos impotentes para protegerlos. La brecha que se abre entre niños y adultos a menudo parece irreparable.

Nos esforzamos por conformarnos con la imagen que teníamos de lo que debían ser los padres. Al no lograr los resultados que pretendemos, rogamos a nuestros hijos, los halagamos, los sobornamos, los recompensamos o los castigamos. Nos escuchamos dirigiéndonos a ellos en tonos que nos parecen rudos y hasta extraños para nuestra manera de ser. Sentimos que nos volvemos fríos en tiempos de crisis, precisamente cuando desearíamos avivar nuestro amor incondicional por ellos. Nos sentimos lastimados como padres, y rechazados. Nos culpamos a nosotros mismos de fracasar en el quehacer de padres, o culpamos a nuestros hijos de ser recalcitrantes, o a la televisión por distraerlos, o al sistema escolar por no ser lo bastante estricto. Cuando nuestra impotencia se vuelve insoportable buscamos fórmulas simplistas, autoritarias, ajustadas a la moral del “arréglatelas como puedas” o de las soluciones rápidas.

La importancia misma del oficio de padres para el desarrollo y maduración de los seres humanos jóvenes ha sido puesta en tela de juicio. “¿Importan los padres?” fue el título de un artículo de fondo de la revista *Newsweek* en 1998. “El oficio de padres se ha exagerado –se decía en un libro que recibió atención internacional ese mismo año–. Se les han convencido que tenían más influencia sobre la personalidad de sus hijos de lo que tienen en realidad”¹

La cuestión de la influencia de los padres no sería tan crucial si las cosas marcharan bien con nuestros jóvenes. El hecho de que nuestros hijos parecen no escucharnos, ni aceptar nuestros valores como suyos propios sería quizá en sí aceptable, si ellos fueran verdaderamente autosuficientes, supieran dirigirse a sí mismos o estuvieran bien enraizados, si tuvieran una visión positiva de quiénes son y si mostrarán un sentido claro del rumbo y propósito que quieren en la vida. Pero vemos que en tantos niños y jóvenes adultos esas cualidades faltan. En los hogares, en las escuelas, en varias comunidades, los jóvenes han perdido sus amarras. Muchos carecen de autocontrol y cada vez están más propensos a la alienación, al uso de drogas, a la violencia o, sin más, a una falta general de orientación. No se prestan a que se les enseñe y es más difícil tratarlos. Muchos han perdido su capacidad de adaptarse, de aprender de experiencias negativas y de madurar. Un número sin precedentes de niños y adolescentes tiene que ser medicado contra la depresión, la angustia y una serie de otros

1. Harris, Judith, *The Nurture Assumption*. Simon & Schuster, Nueva York 1999.

diagnósticos. La crisis de los jóvenes se manifiesta ominosamente en el creciente problema de los bravucones o matones en las escuelas y en casos extremos, en el asesinato entre niños. Tales tragedias, si bien raras, son sólo las erupciones visibles de un malestar más extendido, un rasgo agresivo que pulula en la actual cultura de los jóvenes.

Los padres responsables y entregados se sienten frustrados. A pesar de nuestros cuidados amorosos, los niños parecen estresados. Los padres y otras personas mayores ya no dan la impresión de ser los mentores naturales de los jóvenes, como ha sido siempre con los seres humanos y sigue siendo con otras especies que viven en su hábitat natural. Las generaciones de gente mayor nos miran con asombro: “Nosotros, en nuestra época, no necesitábamos manuales para educar; simplemente lo hacíamos y ya,” nos dicen con cierta mezcla de verdad y de incompreensión.

Este estado es irónico, si pensamos que ahora se conoce más acerca del desarrollo del niño como en ninguna otra época anterior y que tenemos más acceso a cursos y a libros sobre este tema que cualquiera de las generaciones anteriores.